



En Chipre se abre ahora un período difícil en que, sin embargo, es posible llegar a una solución de compromiso con la minoría turca.

tarde. Pero, entre tanto, los turcos habían aprovechado la situación para realizar dos desembarcos. De nuevo crecieron las tensiones en la isla, los intentos de separación de las dos comunidades, las luchas internas... El turismo huyó, la economía se hizo difícil... Y de nuevo Makarios intentó ponerlo todo a flote.

El 20 de julio pasado, al conmemorar el tercer aniversario del golpe de Estado de 1974, Makarios recibió a sus invitados y luego dio una conferencia de prensa. Ofrecía un aspecto intelectual y físico admirable: nadie hubiera podido sospechar que le quedaban quince días de vida. Makarios rechazaba en esa conferencia de prensa toda posibilidad de un "compromiso" con la minoría turca, en forma de federación (compromiso que propugna Clérides, en nombre de la izquierda) para proponer en cambio una República comunitaria, un ideal de país unido con respeto interior a las minorías. Iba a iniciar unas negociaciones intercomunitarias. Sin duda se celebrarán ahora, pero impensadamente para buscar solución al problema de quién sucede a Makarios. El propio Makarios hablaría de la posibilidad de que le sucediera "un día" Cipriano (Kypriano), que efectivamente mantiene ahora la sucesión por razones constitucionales (es presidente de la Cámara de Diputados greco-chipriota). Las primeras reuniones —cuando todavía Makarios no había sido enterrado— juntaron a los dirigentes del partido comunista —de gran influencia en la isla—, el socialista, la Unión Democrática (conservadores) y el Centro Democrático de Cipriano. El problema de principio que se plantea es el de romper con la tradición de la "anosis" y que el Jefe de Estado no sea el jefe de la Iglesia. La sucesión, constitucionalmente, ha de decidirla el pueblo, en elecciones que se celebren antes de los cuarenta y cinco días de la vacante. Pero se votará a quien los partidos políticos de-

signen, si llegan a un acuerdo. La división de partidos, según las elecciones legislativas de hace un año, centra un 25 por ciento de votos en torno a las ideas de Clérides de compromiso con los turcos, lo que se llama "realismo", pero sin un diputado en la Cámara (efectos de la Ley Electoral). Cipriano

reúne un 35 por 100 de los votos (y veinte diputados), pero su desventaja es la edad y la situación de salud. El partido comunista tiene el 31 por 100 de los votos, y los socialistas, el 11.

En cualquier caso, el Presidente elegido seguirá sin ser reconocido por los turcos, y la cuestión de Chipre tendrá que pasar, una vez más, por las Naciones Unidas.

La ausencia de Makarios va a variar mucho el efecto de las presiones exteriores. No sin cierta ingenuidad lo han expresado ya los turcos, que consideran que cualquier sucesor de Makarios será más fácilmente "negociador" que el propio Makarios. Para Ankara, el problema de Chipre era, sobre todo, el problema de Makarios, su capacidad dialéctica y política y su influencia en los Estados Unidos, partidarios, no obstante, de un "compromiso" que termine con el enfrentamiento entre sus dos aliados. Probablemente los turcos harán lo posible porque la sucesión caiga en

manos de Tassos Papadópulos, de no ser posible Clérides.

Los pasos más inmediatos del problema chipriota podrían ser estos: designación de un candidato aceptado por todos los partidos y elección de éste; debates en las Naciones Unidas; conversaciones intercomunitarias y, posiblemente, una conferencia internacional, con Grecia y Turquía, tal vez con Gran Bretaña en tanto que mediadora, para conseguir una garantía internacional de las decisiones que se tomen.

La posibilidad de que Makarios, a pesar de su grandeza histórica y de su talla colosal de político —más grande que la misma nación que presidía—, haya sido un obstáculo para el arreglo del problema de Chipre es muy digna de tenerse en cuenta. Esto es: que si se abre ahora un período turbulento y difícil, en el que puede pasar de todo, como consecuencia de esta orfandad, en cambio es más posible llegar a una solución de compromiso. ■

## EL "CASO" DIAZ ORDAZ

El 2 de octubre de 1968 se produjo en la Plaza de las Tres Culturas, de la ciudad de México, una matanza de estudiantes. El Presidente de la República era Gustavo Díaz Ordaz; el ministro del Interior, Luis Echeverría. El año 1968 es muy significativo en la historia de las luchas por las libertades: aparte de la aplastada "primavera de Praga", tan dolorosamente aplastada, se produjo la de París y una irradiación por el mundo de unas esperanzas juveniles en la renovación de la sociedad. En todas partes —y no sólo en el mundo occidental, como lo demostraron los jóvenes de Praga— había razones para esta insurrección. En México fueron muy concretas. El PRI, Partido Revolucionario Institucional, ocupa el poder eternamente: es un partido único, aunque legalmente haya otros partidos y estén presentes en la Cámara —el Partido de Acción Nacional, derecha, es habitualmente el segundo, pero a gran distancia del PRI; el PPS, Partido Popular Socialista, es una izquierda marxista y sindical; el PARM, Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, fue creado por veteranos de la revolución de 1910—, que domina todos

los resortes del poder. Es algo más que un partido: es un movimiento, en el sentido de que reúne tendencias muy diversas, y es, sobre todo, una máquina, un aparato de Gobierno y Administración del país. Para los jóvenes, como menos resignados, supone una esclerosis, una corrupción; no permite el progreso de México; ni el avance de las clases desfavorecidas, y está sometido a su terrible vecino, los Estados Unidos. La ola de 1968 llegó a México, se manifestó en su Universidad y produjo una represión siniestra. Las autoridades hablaron de 35 muertos; los estudiantes, de más de 300 víctimas. Ametrallados por las Fuerzas de Orden Público, perseguidos por comandos de la extrema derecha, cazados luego en sus escondites y conducidos a prisión, los jóvenes mexicanos sufrieron una de las grandes matanzas de nuestro tiempo. La responsabilidad más directa recayó sobre el Presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz. Pero no podía estar exento de ella el ministro del Interior, Luis Echeverría. Cada uno de ellos representa una tendencia distinta dentro del movimiento que es el PRI. Díaz Ordaz, a la derecha;

Luis Echeverría, a la izquierda. Había ya una hostilidad entre ellos: se dijo que entonces Echeverría reprochó a Ordaz la represión.

En las siguientes elecciones presidenciales —5 de julio de 1970— fue elegido presidente Luis Echeverría, en sustitución de Díaz Ordaz. Se sabe como son estas elecciones: el PRI designa un candidato —el "tapado"—, que es indefectiblemente elegido por el país. Luis Echeverría podía representar una etapa "de izquierdas" para alternar a la de "derechas" de Díaz Ordaz. Efectivamente, nada más ocupar la Presidencia, Echeverría emprendió una serie de acciones de aspecto dinámico: una reconquista de los intelectuales perdidos o claramente disidentes, la incorporación de "consejeros" aperturistas, un largo viaje por el mundo explicando la "realidad" mexicana y un intento de renacimiento de la vieja y paralizada reforma agraria, que requería una cierta colaboración patronal para la creación de factorías de transformación de productos agrícolas junto a las tierras explotables, con lo cual se crearían nuevos puestos de trabajo: los patronos se resistieron a las inversiones y a la

## EL 'CASO' DÍAZ ORDAZ

elevación de los salarios. Echeverría hizo esfuerzos por atraerse capitales extranjeros, que comenzaron a acudir, lo cual molestó más aún a los patronos mexicanos. La experiencia no iba a dar todos los resultados apetecidos, iría poco a poco perdiendo fuerza y el país no se ha transformado. Pero esta política iba a señalar más la enemistad de Díaz Ordaz contra Echeverría —

cargo, podía hacer continuas visitas a México —lo cual no era su caso— y por lo tanto mantener su influencia en la política interior. Hace poco, Díaz Ordaz hizo unas declaraciones despectivas contra Echeverría: "Yo les pido a los españoles que no nos juzguen a los mexicanos por lo que hizo uno solo. Estoy seguro que la mayoría no respaldó esos hechos, sino que los reprobó". Ese "uno solo" era precisamente Echeverría cuando, en 1975, pidió la expulsión de España de las Naciones Unidas para protestar contra los fusilamientos de Hoyo de Manzanares, lo cual provocó una res-

muy fuertes: una, por parte de políticos, intelectuales y diplomáticos en México (además de por parte de los medios republicanos españoles en México). Carlos Fuentes, embajador en París, dimitió y produjo declaraciones muy fuertes contra Díaz Ordaz (véase TRIUNFO, número 743). La otra reacción en contra fue española. Las izquierdas no toleraban fácilmente la presencia de un represor de extrema derecha como Díaz Ordaz representando a un país que siempre ha estado al lado de la izquierda exiliada española, y en un momento en que aparecía aquí una forma de democracia y un reconocimiento de los partidos políticos. Díaz Ordaz presentó sus cartas credenciales al Jefe del Estado español el 21 de julio, y desde entonces se encontró ya con una repulsa por parte de los intelectuales españoles y de la izquierda. Esto le hizo sufrir doblemente: por una parte, porque su soberbia o su carácter personal, que él mismo ha descrito como de un temple poco diplomático —impulsivo, duro—, se encontraban humillados. Por una parte, porque no podía cumplir su misión como debía. Aislado de los partidos de la oposición, su labor en España era difícil. Se dice también que en los medios gubernamentales de México había también un creciente disgusto. La idea, tan propia del PRI, de hacer un nombramiento por cuestiones de conveniencia interior, y no por el servicio que la persona nombrada pueda hacer, no bastaba para cubrir la mala actuación de Díaz Ordaz en España y el disgusto de las izquierdas y los intelectuales españoles.

El hecho es que, once días después de haber presenciado las cartas credenciales, Gustavo Díaz Ordaz dimitía precipitadamente y abandonaba el país. El martes desapareció de España, diciendo que se iba a Alemania Federal para cuidar su vista, que necesitaba atenciones oftalmológicas. Una excusa demasiado visible. Díaz Ordaz tiene una afección a la vista desde hace nueve años, y parece que en más de una ocasión ha venido a España para ser tratado aquí: este es un país de oftalmólogos. No se sabe aún si Echeverría ha presentado también su dimisión en París —la UNESCO— para regresar a México y no dejar solo allí a Díaz Ordaz. Lo cierto es que Echeverría había estado en México en el momento de la dimisión de Díaz Ordaz: según él, para ocuparse de asuntos del Centro de Estudios del Tercer Mundo, que él fundó y que preside.

No ha tardado el Presidente López Portillo en nombrar un nuevo embajador en España. En el Consejo de Ministros español del viernes se supo el nombramiento y petición de "placet" a favor de José Gómez Gordoa. Se habían dado antes los nombres de Antonio Carrillo Flores, de Sabino Fraga, incluso de Octavio Paz (lo cual parecía imposible por el poder que conserva la facción Díaz Ordaz, que le odia profundamente). La urgencia del nombramiento se advierte en que López Portillo lo ha hecho desde Colombia, donde estaba en visita oficial —asistir a una cumbre con los Presidentes de Venezuela, Costa Rica, Panamá, Jamaica y Colombia— acompañado por el secretario de Relaciones Exteriores, Santiago Roel.

Gómez Gordoa parece más que ligado a una facción del PRI, un economista profesional. Toda su carrera la ha hecho en las finanzas, y preferentemente en los sectores empresariales. Es desde antiguo partidario de la reanudación de relaciones entre México y España —sin esperar la restauración de la democracia española— y se atribuyen a él las relaciones comerciales establecidas desde hace años. Tiene sesenta y dos años y es en la actualidad director del Banco Internacional, director del Banco Mexicano y presidente de la Confederación Nacional de Cámaras de Comercio.

La velocidad del nombramiento se interpreta como un deseo de borrar la mala impresión causada por la "espantada" de Díaz Ordaz en España. Y la personalidad del nuevo embajador, como un deseo de que las nuevas relaciones vayan sobre todo por un camino de cooperación económica, más que por vías culturales o simplemente humanistas. ■



El dimitido embajador Gustavo Díaz Ordaz, Presidente de México en 1968, y —a la derecha— Luis Echeverría, ministro del Interior en la misma fecha, fueron los responsables directos de la matanza de estudiantes en la plaza de las Tres Culturas.

entre cada una de sus facciones—. En las elecciones siguientes, el "tapado" fue López Portillo, equidistante de Ordaz y de Echeverría. Ha intentado cubrir puestos en el Gobierno y en los altos cargos públicos, equilibrando las diversas tendencias. Al parecer, uno de sus objetivos fue alejar del país a Díaz Ordaz y a Luis Echeverría. A los dos ex presidentes les ofreció Embajadas. Puentes de oro. Para Díaz Ordaz, la recién abierta en España: sería el primer embajador desde la República Española. Díaz Ordaz aceptó, pero exigiendo también el extrañamiento de Echeverría. Este fue nombrado inspector de Embajadas, después embajador en la UNESCO. Pero Ordaz se quejaba —según rumores— de que Echeverría, por su

puesta tensa del Gobierno Arias Navarro y una gran excitación en los medios derechistas españoles. Según algunas versiones, Echeverría habría pedido a su Gobierno, la destitución de Díaz Ordaz alegando que un embajador no debe hacer declaraciones contrarias a las acciones de un Presidente de la República anterior y embajador en ejercicio. Según otras versiones, es el propio Díaz Ordaz el que en un ataque de cólera abandonó su puesto y volvió a México para contrarrestar la influencia de Echeverría sobre el PRI y sobre el Gobierno actual.

No es esto todo. Cuando se produjo el nombramiento de Díaz Ordaz como embajador en España, hubo dos reacciones contrarias

